"El veneno será la medicina del futuro"

Será que al verdadero amor no le importa ser correspondido. La picada de una cascabel le quitó para siempre la sensibilidad en un dedo, y cuando lo mordió la serpiente más venenosa del continente, una cuaima piña que para ubicar su mano utilizó sus sensores infrarrojos, sus brazos se volvieron negros, los valores de coagulación se le fueron al piso (la fibrina le llegó a 26 cuando lo normal es 230), fue víctima de espasmos que le causaron vómitos tipo escopeta, tuvo hipotensión y problemas gástricos y tardó ocho meses en curarse del todo. Presentó una sintomatología tan compleja que de ese encuentro con el animal se escribieron dos tratados.

No importó. El amor de Luis Fernando Navarrete por las serpientes sigue incólume. Él prefiere recordar esas experiencias desde el lado bueno: "Son pocos los que se salvan de un ataque de cuaima piña. Además, mira, la última vez que me picó una mapanare no necesité suero. Ya estoy inmunizado".

Biólogo especializado en herpetología (estudio de los ofidios) y autor de una guía de serpientes venezolanas (además de otros libros sobre varios animales), recorre todo el país buscando a esas que son objeto de su amor desde la primera vez que pudo tocar una reinita rayada ("una Liophis Lineatus", especifica) cuando tenía 11 años. Poco después Alexis Rodríguez (quien todavía hoy es jefe del laboratorio de Inmunoquímica en la UCV) le regaló una tragavenados. Ramón Lancini, para él el mayor especialista en serpientes que ha tenido este país, le enseñó después a contar y reconocer escamas, a clasificarlas.

Desde entonces el furor: cuando tenía 15 años ya poseía más de cuarenta serpientes en su cuarto, y él y su hermano sacaron las camas para dormir en sleepings y así hacer más espacio para los terrarios.

Banco Nacional del Veneno

Hoy recorre todo el país buscando serpientes. Como trabaja clasificándolas, le interesan toda clase de ofidios, pero en estos últimos tiempos se enfoca sobre todo en las venenosas, pues forma parte del centro de educación Bioreptilia, que está adscrito a la Red Nacional Antiveneno de la Misión Ciencia, auspiciada por el homónimo Ministerio.

Como curador del serpentario del Instituto de Medicina Tropical (UCV), Navarrete es el encargado de conseguir el veneno para que se puedan llevar adelante las investigaciones. Gracias a la producción de este suero es que de siete mil ataques que se registraron en el país en 2008, sólo 2% fue mortal.

Además, también experimenta para crear la antivenina no a partir de caballos, como es tradicional, sino con gallinas: "Los resultados son muy buenos, pues ya en los huevos de una gallina que fue inyectada están fijadas las inmunoglobinas".

Pero Navarrete dice que el veneno de las serpientes no sólo sirve para crear un antídoto contra sí mismo, sino que en estos momentos se está usando como base para la creación de medicinas que combatirán enfermedades que hoy no tienen cura: "El veneno de una serpiente es un coctel de proteínas único en el mundo y con él se están diseñando fármacos para la hipertensión, ciertos tipos de cáncer (sobre todo el de mama), la trombosis y para atacar algunos retrovirus como el del VIH".

Sería la gran redención de las serpientes, la revancha histórica de un animal odiado por unos y respetado por otros, pero muy pocas veces querido. Aunque sabe que su opinión puede sonar tendenciosa para muchos, Navarrete asegura que todo ese desamor no tiene justificación: "La serpiente es un animal tímido, y no ataca sino como último recurso, cuando somos nosotros los que invadimos su hábitat. Y al final, ya lo verán, su veneno terminará salvando muchas más personas que las que mató".